

cimos muchos milagros? Mas entonces les protestaré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obreros de maldad,, (1).

Los ortodoxos dicen que una religion sin artículos de fe es una quimera, y se mofan de un cristianismo sin creencias dogmáticas, sin sospechar esos hombres tan celosos que el cristianismo de los liberales es el de Jesucristo. "Yo he venido, dice, no á abolir, sino á cumplir la ley y los profetas. Toda la ley y los profetas se reducen á estos dos mandamientos: *Amar á Dios de todo corazón y al prójimo como á sí mismo.*," Esa es, pues, la condicion esencial de la salvacion, y en ese sentido dice Jesucristo: "No viene el reino de Dios con apariencia; y no se podría decir: está aquí ó allí; mas el reino de Dios está dentro de nosotros,, (2).

Amar á Dios con toda el alma y al prójimo como á sí mismo, hé ahí la puerta por donde se entra en el reino de los cielos. Una de dos, dice Réville: ó hay que decir que el mismo Señor no concibió ni enunció bien la verdad religiosa, que es el fundamento de su predicacion, ó es preciso reconocer que, cumpliendo la ley y los profetas, lo cual era su mision, pensó fundar una religion cuyo principio esencial es el amor de Dios y de los hombres (3). No se contentó, es verdad, Jesucristo con este precepto general; entró en detalles que nos hacen comprender lo que entendía por la caridad en la cual se resume su enseñanza; pero ¿añadió acaso algun dogma? Nada más notable que las *bienaventuranzas*. ¿Quiénes son los que el Cristo proclama *bienaventurados*, aquellos á quienes pertenece el reino de Dios? "¡Bienaventurados los pobres en espíritu! ¡Bienaventurados los mansos! ¡Bienaventurados los que lloran! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia! ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¡Bienaventurados los de limpio corazón! ¡Bienaventurados los pacíficos!, (4). ¡No se cuenta entre estos bienaventurados ni á los que crean en el pecado original ó en la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen, ni á los que frecuentan las iglesias y los templos, ni á los que oren y ayunen!

(1) SAN MATEO, VII. 21-23.—RÉVILLE, *Première conférence sur les excellences de la doctrine chrétienne*, p. 19 y siguientes.

(2) SAN MATEO, V. 17; XXII, 37-40; XI, 12, 13.

(3) RÉVILLE, *Première conférence sur les excellences de la doctrine de Jésus-Christ*, p. 20 y siguientes.

(4) SAN MATEO, V. 3-9.

Jesucristo explicó su pensamiento por sus actos, por su vida. ¿Empleó su vida en dogmatizar, ó en hacer el bien? ¿Dió la preferencia á los escribas y á los levitas ortodoxos, ó al hereje samaritano que socorrió al desconocido á quien encontró robado y medio muerto en su camino, mientras los otros le habían abandonado á su suerte? ¿Qué estimaba más, la rígida y presuntuosa honradez del fariseo Simon ó el llanto de la Magdalena? Réville desafía á los ortodoxos á que citen una sola palabra del Cristo que les autorice á establecer una confesion de fe dogmática. ¿Qué es, pues, en definitiva, el cristianismo? El amor de Dios y de los hombres, con la disposicion y los sentimientos que supone y que inspira (1).

Hay que añadir un rasgo para completar la exposicion de la doctrina del Cristo: predicaba el amor de Dios y de los hombres y prescribía á sus discípulos que fueran perfectos como su Padre en los cielos. ¿Quiere esto decir que exigiera la perfeccion como condicion de salvacion? No; exige únicamente lo que los hombres pueden hacer, el deseo constante, la aspiracion perseverante á la perfeccion. "¡Bienaventurados, dice, los que han hambre y sed de justicia!, No dice el Cristo: Bienaventurados los *justos*, que no los hay, sino: ¡Bienaventurados los que han *hambre y sed!* Es, pues, el esfuerzo sincero, la aspiracion continua y enérgica hácia la perfeccion, que consiste en amar á Dios y á los hombres, lo que constituye la condicion de la salvacion segun Jesucristo. Esa es la médula del Evangelio. ¡Ved, exclama Réville, cómo tal principio, convertido en religion, en principio de vida privada y pública, está llamado á cambiar el mundo! (2).

Tal es el cristianismo de Jesucristo, el cual, á diferencia del cristianismo tradicional, no perecerá. "Las Iglesias, predica, dice con seguridad Réville, tendrán que modificarse profundamente, y aún algunas, las que no puedan modificarse, desaparecerán. Muchas doctrinas irán á juntarse con sus antepasados en la vasta tumba de los dogmas muertos; pero el Evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, pero las palabras del Hijo del Hombre, pero su espíritu, que vivifica y consuela, pero

(1) RÉVILLE, *Lettres à M. le pasteur Poulain*, p. 73.

(2) RÉVILLE, *Première conférence sur les excellences de la doctrine de Jésus-Christ*, p. 21-23.

su religion, todo esto es *imperecedero*. Y si algunas voces mal inspiradas nos impulsaran á dejar nuestro viejo Evangelio para inclinarnos, como dicen, del lado del progreso, les responderiamos: nuestro viejo Evangelio es siempre jóven; vosotros sois los que estais viejos; ¡el progreso consiste únicamente en hacerle penetrar en nuestras costumbres y en nuestros corazones! Si no veis que el ideal evangélico está delante de nosotros, es porque de él no comprendéis ni una sola palabra,, (1).

Para comprender esta afirmacion, que parecerá demasiado absoluta y pretenciosa á los partidarios del progreso, hay que recordar que los protestantes avanzados prescindien de los dogmas y de cuanto hay de dogmático en la enseñanza de Jesucristo. ¿Qué importan las creencias, las opiniones, en cuyo seno nació el cristianismo? Réville confiesa que los primeros cristianos profesaron ideas que hoy nos parecen muy estrechas y falsas sobre la manera de realizar el reino de Dios, y reconoce que alimentaron temores que hoy consideramos pueriles. Pero ¡qué importa! nosotros no estamos ligados ni á sus errores ni á sus preocupaciones. Creían en el próximo fin del mundo y esperaban la realizacion del reino de Dios en esta tierra: ¿impide esto acaso que el amor de Dios y de los hombres sea una verdad imperecedera? La forma primitiva del cristianismo pasó, pero el cristianismo subsistió. Los cristianos de la Edad Media tuvieron á su vez su peculiar concepto del cristianismo; creían que no se podía amar á Dios ni á los hombres sino encerrándose en los muros de un claustro; mas esta forma del cristianismo, si no ha pasado, ha sido por lo ménos superada por todos los que piensan y reflexionan. "Un dia igualmente llegará en que inspiren compasion la ignorancia y la impotencia, las vanidades y las preocupaciones del siglo XIX. ¿Querrá esto decir que acabará entonces el cristianismo de Jesucristo, el cristianismo de los corazones puros, de los que tienen hambre y sed de justicia, de los que aman á Dios y procuran hacerse perfectos como Él? Hará el hombre, sin duda, muchos progresos, pero jamas descubrirá nada superior al deber, á la perfeccion, á Dios, ni á la obligacion de tender hácia Él incesantemente, ni, por consecuencia, hallará nada superior al Evangelio.

(1) RÉVILLE, *Première conférence sur les excellences de la doctrine de Jésus-Christ*, p. 16, 17.

Los sistemas, los dogmas, las Iglesias pasarán, pero no pasará el cristianismo, porque no es un sistema, porque es más que un dogma, porque es más que una Iglesia, y se identifica con la tendencia de la naturaleza humana hácia la verdad, hácia la santidad, hácia la caridad. Para que desapareciera de este mundo el Evangelio, sería preciso que no hubiese ya humanidad,, (1).

Los libres pensadores no pueden suscribir esa exaltacion del cristianismo de Jesucristo sino con una reserva, ó á lo ménos con una explicacion. Hay un punto de divergencia entre ellos y los protestantes avanzados. Los primeros toman el cristianismo tal como es en las fuentes más puras, los Evangelios, prescindiendo del de San Juan, y hallan muchos errores, muchas preocupaciones en la misma boca del Cristo. Sin entrar en el interminable debate de lo que pertenece al Maestro y lo que ha sido comprendido por sus discípulos, dicen que hay en el cristianismo primitivo un elemento transitorio, debido al estado de imperfeccion de la sociedad, y debido también á la imperfeccion humana; y segun su opinion, siendo hombre Jesucristo, participaba de esta imperfeccion. El cristianismo de Jesucristo no puede, por consecuencia, ser un ideal definitivo, no puede ser la última palabra de Dios. Así lo reconocen los mismos protestantes, pues que se ven obligados á hacer una seleccion en la enseñanza evangélica, y calificando de dogma todo lo que repugna á su razon, á su conciencia, lo abandonan á la critica y lo entregan á la muerte. En esto convienen con los libres pensadores; pero los libres pensadores sostienen que esos dogmas tienen intima relacion con el sentimiento religioso; y siendo erróneos los dogmas, ¿cómo ha de ser puro el sentimiento religioso? Si Jesus se creía el Mesías, se engañaba, porque no ha habido ni habrá jamas Mesías; y si creía en el próximo fin del mundo, se engañaba también. ¿Y no habian de influir en su inspiracion religiosa esos errores? En vano se dice que no alteran esas flaquezas la verdad eterna de la caridad, del amor de Dios y del prójimo, porque esa verdad no es más que una abstraccion, mientras no se sabe en qué consiste la caridad y cómo se debe amar á Dios y los hombres. Ahora bien, Jesucristo ha dicho en sus famosos consejos cómo

(1) RÉVILLE, *Première conférence sur les excellences de la doctrine de Jésus-Christ*, p. 23-25.



entendía la caridad; y resulta tan excesivo el espiritualismo de esos consejos, que los más decididos ortodoxos tratan de eludirlos: tan impracticables son. Réville los pasa en silencio, lo cual es confesar que los abandona, como todo lo demás del dogma. ¡Y, sin embargo, esos consejos se llaman consejos de perfección! Nuestro ideal de perfección no es ya, por consecuencia, el de Jesucristo. ¿No quiere eso decir que se ha superado el cristianismo de Jesucristo? Y si así es, ¿por qué esos reproches acerbos contra los partidarios del progreso, á quienes se acusa de no comprender una sola palabra del cristianismo? Idéntica acusación dirigen los ortodoxos á Réville y á sus amigos los liberales. ¿No probará esto que el cristianismo de Jesucristo es una cosa muy vaga de lo que cada cual hace lo que se le antoja y donde cada uno introduce sus propios pensamientos?

En el fondo están de acuerdo los protestantes avanzados y los libres pensadores: lo que importa es desechar el dogma, y en ese punto hay unanimidad perfecta. ¿Qué queda de la religión cuando de ella se separa el dogma? Queda la moral, pero una moral religiosa. Réville dice que el eterno valor del cristianismo de Jesucristo es haber hecho de la moral una religión y de la religión una moral. En este sentido también son cristianos los libres pensadores, los cuales dirán con el pastor de Rotterdam: "Lo que en todos los tiempos unirá mejor al hombre con Dios será hacer el bien, sacrificarse, servir á los demás, amar, esperar siempre, como siempre amó y esperó Jesucristo... La pureza del corazón, la misericordia, la pasión de la verdad, la santidad del deseo, la caridad elevada como el cielo y profunda como el abismo, hé ahí la religión que no perece, y yo añado, la religión que hace que no se perezca," (1).

Eso es una religión que pueden aceptar los libres pensadores, ó, por mejor decir, esa es su religión. Añadamos que el protestantismo avanzado, tal como existe en Holanda, resuelve la gran cuestión del porvenir religioso de la humanidad. Los católicos y los protestantes ortodoxos sostienen que no hay religión posible sin los supuestos dogmas revelados, sin la creencia en lo sobrenatural, y hé aquí una Iglesia en cuyo seno se niega lo sobre-

(1) RÉVILLE, *Deuxième conférence: la Diane d'Ephèse*, p. 18 y siguientes.

natural; hé aquí pastores que no creen en la divinidad de Jesús; hé aquí fieles que siguen siendo cristianos proclamando que el Cristo no es Dios. En realidad, son más cristianos que los ortodoxos, porque son de la religión de Jesucristo. También pueden los libres pensadores sacar de este hecho una enseñanza. Los hay que no quieren oír hablar de una religión positiva, mirando como un monstruo todo lo que se llama Iglesia y sacerdote. Acabamos de oír á un pastor: ¿se negarían á estrechar la mano de Réville? ¿Se creerían degradados con afiliarse á una religión que no es otra cosa que la moral, una moral que es la suya? Y ¿perdería su autoridad esta moral apoyándose en el nombre del Cristo? ¿Será ménos eficaz porque proceda de Dios?

### § III.—Francia.

#### I.

En Francia es donde el protestantismo avanzado ha tomado el nombre de liberal, para denotar que la libertad de pensar constituye su esencia: para nosotros, dice un pastor protestante, el protestantismo es el cristianismo interpretado por la razón y por la conciencia (1). Los protestantes liberales dicen que su religión es la de Jesucristo, y hé aquí lo que predicán: nada de dogmática, ni de confesión de fe, ni de creencias ininteligibles impuestas como condición de salvación, nada de misterios: apelación á las fuerzas del alma humana, al sentimiento del bien y del mal, á la responsabilidad de cada uno ante Dios, al amor paternal, al perdón de las ofensas, al arrepentimiento: amor infinito de Dios y su perfecta santidad, y por cima de todo ese nombre que encierra en sí mismo la esencia de la religión, el nombre de Padre que el hombre pecador da á su Creador (2).

Esa religión la proclaman eterna los protestantes liberales. "Creemos, dice Bost, que podrá ofrecer un abrigo tutelar á todas las generaciones de los hombres; que, como un principio de vida, se crearán de edad en edad formas que respondan á las necesidades del momento, quedando superiores á todas esas formas, á todas esas confesiones

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. XII.  
(2) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 135.

diferentes." Los protestantes liberales no adoran ya á Jesucristo como á un Dios, pero le dicen con el apóstol: "¿Á quién acudiríamos sino á tí? Tú tienes las palabras de la vida eterna." El Cristo estuvo lleno de Dios, y comunicó á sus hermanos la gracia y la verdad de esa plenitud; se elevó tan alto y halló en el seno de Dios tales tesoros, que hoy todavía no hace la cristiandad más que comenzar á aplicar bien débilmente una parte de los principios que él proclamó, y todos desapareceremos ántes de haber agotado la riqueza de su enseñanza. ¿Cuál es, según los protestantes liberales, la esencia de esa enseñanza y en qué sentido dicen que el ideal del Evangelio es el ideal humano? Ellos nos preguntan á su vez, á nosotros, libres pensadores, si hay algo por cima del amor de Dios y de los hombres, si conocemos un ideal superior al deber de la consagración de sí mismo á Dios, tal como el cristianismo lo prescribe. La religión de Jesucristo es, en definitiva, la ley moral con sus más santas exigencias y sus más amplias reclamaciones. Si los filósofos tuvieran que formular una religión, ¿no sería ese el lenguaje que emplearían? (1).

Precisamente porque esa religión conviene á los filósofos no nos conviene á nosotros, dicen los ortodoxos; esa es la ley natural, ese no es el cristianismo, porque ese pretendido cristianismo no tiene ya nada del Cristo. Es verdad, responden los liberales, que no tomamos ya á Jesús por Dios, ni le oramos, ni le adoramos, ni creemos que quisiera reemplazar en la conciencia y en la fe de la humanidad á ese Dios que nos dió á conocer y del cual decía: "Mi Dios es vuestro Dios, mi Padre es vuestro Padre." No vemos el Creador del universo en el humilde profeta de Nazareth, pero no pensamos en modo alguno aislar los preceptos de Jesús de su vida, cuando su vida fué la aplicación más magnífica de sus preceptos. Oigamos á San Pablo, uno de los espíritus más libres y más religiosos que ha habido en el mundo: "No soy yo quien vivo, el Cristo es quien vive en mí." Pablo tenía necesidad del Cristo, como el más débil tiene necesidad del más fuerte, y nosotros hacemos lo que el gran apóstol. "En medio de los combates de la vida, cuando desfallece el ánimo, cuando la oscuridad viene á envolver al alma, recurrimos á la bienhechora influencia de un ideal que, contem-

plado con amor, nos vivifica. En eso está la razón de las relaciones permanentes que se establecen entre el alma religiosa y Jesucristo. No vino Jesús á dar un impulso á nuestra alma y á retirarse luego; en su fuerza podremos reponer nuestras fuerzas desfallecidas; Él es el guía seguro que conducirá nuestros pasos y el único que, después de haber ya alimentado con su vida numerosas generaciones de cristianos, pedirá ofrecer á todas las generaciones de los hombres un alimento que no se agotará jamás," (1).

Los protestantes liberales conservan el nombre del Cristo y se alimentan con su santa vida. En este sentido se llaman cristianos; pero hay que confesar que hay un abismo entre este cristianismo y el de la Iglesia, y ellos mismos lo reconocen. El autor del *Protestantismo liberal* se pregunta en qué afectará á la religión cristiana el movimiento liberal que se produce en el seno del protestantismo. "Sería pueril, dice, disimular que es una trascendental revolución. Para nosotros, es una reforma que no cederá en importancia á la Reforma del siglo XVI, y que será más radical todavía," (2). Ahora bien, los católicos acusaban ya á los reformadores de haber arruinado el cristianismo; ¿qué dirán de esta nueva reforma que rechaza todo lo que admitía la primera? Lutero y Calvino se habían conservado católicos á medias; encadenados por los textos, dominados por la tradición, mantuvieron la fe como condición de salvación, y entendían por ella la fe en ciertas creencias formuladas por los concilios, enseñadas por los Padres y consagradas, se suponía, por la Sagrada Escritura, en cuyo sentido la fe se identificaba con la ortodoxia. Los protestantes liberales rechazan, pues, la base misma del protestantismo de Lutero.

Uno de los órganos más libres y más generosos del protestantismo liberal hace observar que la palabra que en la lengua alemana expresa la idea de fe, implica también la idea de creencia (3). De ahí la tendencia á confundir la fe con la creencia; de suerte que la fe consiste en creer lo que han enseñado, ya los Padres de la Iglesia, ya los teólogos del siglo XVI. El pastor Leblois se felicita de que la expresión francesa no exponga á

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 196, 165.  
(2) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. 167.  
(3) GLAUBE.

(1) BOST, *le Protestantisme libéral*, p. XII, 154, 156.